Testi 3.3

Pedro Cieza de León – El señorío de los Incas

Nel libro dedicato all'impero incaico Cieza descrive in dettaglio tutti gli aspetti della vita sociale delle regioni andine, e tra questi sottolinea in particolare quelli che più lo colpiscono. In questo testo si descrivono i sistemi per conservare il ricordo degli eventi del regno e il sistema di scrittura tramite i *quipus*, che viene raccontato per la prima volta.

Capítulo XII
De cómo tenían cronistas para saber sus hechos por ellos y la orden de los quipos cómo fue y lo que de ello vemos ahora

Fue ordenado por los Ingas lo que ya habemos escrito acerca del poner los bultos en sus fiestas y en que se escogiesen algunos de los más sabios de ellos para que en cantares supiesen las vidas de los señores que tal había sido y cómo se habían habido en el gobierno del reino para el efecto por mí dicho. Y es también de saber que, sin esto, fue costumbre de ellos, y ley muy usada y guardada, de escoger cada uno en tiempo de su reinado o señorío tres o cuatro hombres ancianos de los de su nación, a los cuales, viendo que para ello eran hábiles y suficientes, les mandaban que todas las cosas que sucediesen en las provincias durante el tiempo de su reinado, ora fuesen prósperas, ora fuesen adversas, las tuviesen en la memoria y de ellas hiciesen y ordenasen cantares para que por aquel sonido se pudiese entender en lo futuro haber así pasado, con tanto que estos cantares no pudiesen ser publicados ni dichos fuera de la presencia del señor. Y eran obligados estos que habían de tener esta razón durante la vida del rey no tratar ni decir cosa alguna de lo que a él tocaba y luego que era muerto al sucesor en el imperio le decían por estas palabras, "¡Oh Inga grande y poderoso, el Sol y la luna, la tierra, los montes, los árboles, las piedras y tus padres te guarden de infortunio e hagan próspero, dichoso, y bienaventurado sobre todos cuantos nacieron! Sábete que las cosas que sucedieron a tu antecesor son éstas". Y luego, en diciendo esto, los ojos puestos en el suelo, e bajada las manos, con gran humildad les daban cuenta y razón de todo lo que ellos sabían, lo cual podían muy bien hacer porque entre ellos hay muchos de gran memoria, sutiles de ingenio y de vivo juicio y tan abastados de razones como hoy día son testigos que acá estamos e los oímos. Y así, dicho esto, luego que por el rey era entendido, mandaba a llamar a otros de sus indios viejos, a los cuales mandaba que tuviesen cuidado de saber los cantares que aquellos tenían en la memoria y de ordenar otros de nuevo de lo que pasaba en el tiempo de su reinado, y que las cosas que se gastaban y lo que las provincias contribuían se asentase en los quipos para que se supiese lo que daban y contribuían muerto él y reinando su progenitor, y si no era en un día de gran regocijo o en otro que hubiesen lloros y tristeza por muerte de algún hermano o hijo del rey, porque en los tales días se permitía contar su grandeza de ellos y su origen y nacimiento, y fuera de estos a ninguno era permitido tratar de ello porque estaba así ordenado por los señores suyos; y si lo hacían eran castigados rigurosamente.
Sin lo cual tuvieron otra orden para saber y entender cómo se había de hacer en la contribución, en las provincias, de los mantenimientos, ora pasase el rey con ejército, ora fuese visitando el reino, o que sin hacer nada de esto se entendiese lo que entraba en los depósitos y pagaban los súbditos, de tal manera que no fuesen agraviados, tan buena y sutil que excede en artificio a los caracteres que usaron los mexicanos para sus cuentas y contratación.
Y esto fue los quipos, que son ramales grandes de cuerdas anudadas, y los que de esto eran contadores y entendían el guarismo de estos nudos daban por ello razón de los gastos que se habían hecho o de otras cosas que hubiesen pasado de muchos años atrás; y en estos nudos contaban de uno hasta diez y de diez hasta ciento y de ciento hasta mil; y [en] uno de estos ramales está la cuenta de lo uno y en otro lo de lo otro, de tal manera está esto que para nosotros es una cuenta donosa y ciega y para ellos singular. En cada cabeza de provincia había contadores a quien llaman *quiposcamayos* e por estos nudos tenían la cuenta y razón de lo que habían de tributar los que estaban en aquel distrito desde la

plata, oro, ropa y ganado hasta la leña, y las otras cosas más menudas; y por los mismos quipos se daba a cabo de un año, o de diez o de veinte, razón a quien tenía comisión para tomar la cuenta, tan bien que un par de alpargates no se podía esconder.

Yo estaba incrédulo en esta cuenta y, aunque lo oía afirmar y tratar, tenía lo más de ello por fábula; y estando en la provincia de Xauxa, en lo que llaman Maycavilca, y rogué al señor Guacorapora [Guacra Páucar] que me hiciese entender la cuenta dicha de tal manera que yo me satisficiese a mí mismo para estar cierto que era fiel y verdadera; y luego mandó a sus criados que fuesen por los quipos. Y como este señor sea de buen entendimiento y razón para ser indio, con mucho reposo satisfizo a mi demanda y me dijo que, para que mejor lo entendiese, que notase que todo lo que por su parte había dado a los españoles desde que entró el gobernador don Francisco Pizarro en el valle estaba allí sin faltar nada; y así vi la cuenta del oro, plata, ropa que habían dado con todo el maíz y ganado y otras cosas, que en verdad yo quedé espantado de ello. Y es de saber otra cosa, que tengo para mí por muy cierto, según han sido las guerras largas y las crueldades, robos y tiranías que los españoles han hecho en estos indios que si ellos no estuvieran hechos a tan grande orden y concierto totalmente se hubieran todos consumido y acabado; pero ellos, como entendidos y cuerdos y que estaban impuestos por príncipes tan sabios, entre todos determinaron que si un ejército de españoles pasase por cualquiera de las provincias, que si no fuere el daño que por ninguna vía se puede excusar, como es destruir las sementeras, robar las casas, hacer otros daños mayores que éstos, que en lo demás todas las comarcas tuviesen en el camino real por donde pasaban los nuestros sus contadores y éstos tuviesen proveimiento lo más cumplido que ellos pudiesen para que con achaque de la falta no los destruyesen del todo, y así eran proveídos. Y después de salidos, juntos los señores, veían los quipos de las cuentas y por ellos, si uno había gastado más que otros, los que menos habían proveído lo pagaban, de tal suerte que iguales quedasen todos.

Y en cada valle hay esta cuenta hoy día y siempre hay en los aposentos tantos contadores como en él hay señores y de cuatro en cuatro meses fenecen sus cuentas por la manera dicha. Y con la orden que han tenido han podido sufrir combates tan grandes que si Dios fuese servido que del todo hubiesen cesado con el buen tratamiento que en este tiempo reciben y con la buena orden y justicia que hay, se restaurarían y multiplicarían para que en alguna manera vuelva a ser este reino lo que fue, aunque yo creo que será tarde o nunca. Y es verdad que yo he visto pueblos y pueblos bien grandes, y de una sola vez que cristianos españoles pasen por él, quedar tal que no parecía sino que fuego lo había consumido; y como las gentes no eran de tanta razón, ni unos a otros se ayudaban, perdíanse después con hambres y enfermedades, porque entre ellos hay poca caridad y cada uno es señor de su casa y no quiere más cuenta.